

Mujer que sale por la ventana*

Tomás González Gutiérrez

(Colombia, 1950-v.)

Novelista, cuentista y poeta. Estudios de Filosofía en la Universidad Nacional de Colombia. Ha sido catedrático de esta última institución. Recibió el Premio Nacional de Novela Plaza y Janés.



Resumen

Este cuento es la historia de un personaje marginal y fuera de lo común, un ser incapaz de adaptarse a los modos que impone la sociedad y la cultura, uno de tantos y tan diversos que aparecen en la obra de Tomás González. La historia trata de un acto de liberación, el de Rita, una mujer que espera poder “subir y bajar en paz por el aire y por el agua”, y al final parece lograrlo.

Palabras clave

Cuento colombiano, literatura urbana

La mujer entró a la sala de urgencias en un descuido del guardia y empezó a pedir a gritos que le sacaran un zancarrón, que al parecer tenía en la región genital, pues no paraba de señalársela mientras esquivaba los intentos del guardia por agarrarla.

*Este relato se publica con autorización del autor y de la editorial Planeta: Copyright: Tomás González, *El lejano amor de los extraños*, Bogotá, Seix Barral, 2019.

—Yo me encargo —dijo Gloria, la enfermera jefe, y el guardia dejó de perseguir a la mujer, que se quedó inmóvil aunque todavía señalando y gritando, pero menos fuerte y como si pusiera los gritos uno por uno en el aire, ya sin ganas y solo por cumplir.

Al principio Gloria pensó que venía embarazada y que era eso lo que pedía que le sacaran. La miró mejor y vio que la hinchazón era floja y amorfa, de acumulación de líquido por ascitis, muy diferente del embarazo. No parecía grave ni urgente, pero era necesario examinarla, lo cual resultaba imposible en el estado de higiene en que había llegado.

—Nosotros le sacamos lo que sea, belleza —le dijo—, pero primero se tiene que dejar bañar.

Paró de gritar de inmediato, como si para calmarse del todo solo hubiera necesitado saber que la iban a bañar, y se sentó. También se sentaron los mirones, lo más lejos posible de ella, por el olor, y otra vez hubo paz en la sala. Entonces llegó una auxiliar de enfermería con un niño en los brazos.

—Vea lo que nos dejaron, jefe Gloria.

—Es hijo mío y del ángel —dijo en voz baja la mujer del zancarrón, como contando un secreto—. Pero yo se lo regalo.

Lo habían abandonado debajo de una de las sillas de la sala de espera, envuelto en una cobija muy vieja y muy limpia, aprovechando que todo el mundo estaba distraído con la gritería. Por lo bien envuelto, por lo limpio, por las circunstancias de su aparición y por el gesto mismo de la mujer —como el de quien miente por jugar, sin importarle que los demás se den cuenta—, era claro que el niño nada tenía que ver con ella. Gloria le pidió a la auxiliar que lo subiera a maternidad y lo acomodara en una de las cunas, mientras ella organizaba lo del baño.

—¿No será que vuelven por él? —preguntó la auxiliar.
—No. Aquí se nos quedó, me parece.

—El papá es un ángel de los malos. Mejor no le preguntemos.

—Usted tranquila ahí —dijo la auxiliar—. Ya nos vamos a bañar.

La mujer se empeñó en que solo la jefe podía ayudarla a bañarse. Sin dudarle mucho, Gloria se dispuso a hacerlo en el patiecito cerrado de la lavandería, con manguera, para no infectar los baños del hospital. Vestida con los calzoncillos y la camiseta que había dejado un paciente, y después desnuda, la mujer convirtió el baño en una especie de juego. Gritaba “¡ji, ji, ji, ji!, ¡je, je, je!”; como si le estuvieran haciendo cosquillas, mientras Gloria, con gorro y overol de cirugía, guantes y tapabocas, la estregaba vigorosamente con una esponja. Una enfermerita recién llegada al hospital, muy joven, casi una niña, le pasaba a Gloria lo que iba necesitando.

La mujer traía de todo, piojos, pulgas, chinches, garrapatas, un microhábitat completo, menos ácaros y hongos cutáneos, y eso por algún milagro, teniendo en cuenta la vida que llevaba. Tampoco presentaba infecciones vaginales, lo cual indicaba un organismo naturalmente muy sano y capaz de defenderse. Esta no es persona debilucha ni del cuerpo ni del alma, pensó Gloria. Otra cosa era que estuviera loca y en ese caso sería la loca más aplomada que ella había conocido en su vida.

La bañó con un jabón desinfectante, la jugó y le pidió las tijeras de peluquería a la enfermera. Era tan abundante el pelo de la mujer y lo tenía tan mugroso y lleno de nudos, que a Gloria no le había sido posible desenredarlo y lavarlo bien, de modo que se lo dejó bien corto, y se vio entonces que tenía la cabeza muy plana.

—Échese jabón otra vez, pero ahora usted sola, que este ya es de rosas, para que quede perfumada y bonita. Jabónese bien la cabeza.

Gloria la jugó otra vez y pudieron por fin contemplarla en todo su esplendor.

—Quedó linda, usted. ¡Mucha fauna traía!

La barriga, templada, venosa, resaltaba mucho en su cuerpo largo y flaco. El ombligo parecía una bola de ping-pong. La parte de atrás de la cabeza continuaba el mismo plano de la espalda. Los ojos, por lo verdes y vivaces, eran lo único en ella que se podía llamar bonito.

—¿Y esta a qué horas apareció? Cada vez nos llegan más horribles, jefe —dijo, sin importarle que la mujer la oyera, la empleada que se encargaba de llevarle a ciertas horas el tinto al personal del hospital, y que era gorda, impertinente y bastante fea, por cierto.

—No se llama “esta” sino Rita, y no todas podemos ser tan bellas como usted. Y ahora no queremos café, gracias.

Como la mujer del zancarrón no había querido decirles su nombre, Gloria, que se encargaba de “bautizar” a los NN que llegaban, le había propuesto llamarla así, Rita, y la mujer estuvo conforme. Le pusieron la bata del hospital, pero con ella se veía aún más fea que desnuda, y Gloria fue por su billetera y mandó que le compraran una pijama y unas pantuflas, para que las estrenara junto con el nombre.

El médico principal, doctor Latorre, la examinó, ya toda limpia, peluqueada y vestida de pijama y pantuflas rosadas. Muy serio, con el respeto con el que trataba a todos sus pacientes, y sin oír lo que Rita decía sobre ángeles malvados que engendraban hijos aquí en la Tierra, se centró en la hinchazón de vientre y dio muy rápido el diagnóstico de ascitis. El doctor Latorre era mucho más joven de lo que se hubiera podido pensar. No le llevaba a Gloria más de cinco años, y ella no llegaba a los veinticinco.

—¿Es por enfermedad pulmonar crónica, doctor? —preguntó mientras el médico posaba el estetoscopio en la espalda blanca azulosa de Rita. La pregunta hizo que la mirara con cierta curiosidad.

—No. Por hepatitis crónica, me parece, pero hay que hacer los exámenes.

Esa misma mañana Gloria también le puso el nombre a Alvarito. El niño tenía dos años, máximo tres, pero estaba tan atrasado que parecía de uno o menos. Presentaba también hinchazón de vientre, pero en su caso se debía a la desnutrición, tan avanzada que ni siquiera lloraba ya, por la apatía que produce en los niños la debilidad extrema.

—Cualquier infección que agarre puede llevárselo en un santiamén —dijo el médico—. Con él no se sabe lo que pueda pasar. Empezar con suero y aumentarle gradualmente los nutrientes, para no lesionar el hígado. ¿El niño en realidad tiene algo que ver con aquella señora?

—Ella inventa fácil, doctor —explicó Gloria—. Nada que ver. Cada uno apareció por su lado.

El doctor Latorre no hacía mucho había llegado al hospital y Gloria y él apenas se estaban conociendo. Ella era muy joven y además bonita y sonriente, lo cual no disminuía para nada su capacidad de hacerse respetar. “Guante de seda en puño de hierro”, le diría él después, como un elogio, cuando ya le tuvo un poco más de confianza, y Gloria no podía evitar sentirse halagada, aunque le pareció feo aquello del puño y el hierro.

La ascitis de Rita resultó ser por hepatitis, no por enfermedad pulmonar crónica, como había pensado Gloria. Al parecer el doctor Latorre rara vez fallaba. No se le encontró ningún zancarrón ni nada que se le pareciera, y Rita dejó de mencionarlo. Se había inventado aquello con el fin de hacerse internar, tal vez pensando que la barriga hinchada no sería suficiente para evitar que se la llevaran a alguna institución psiquiátrica.

—Reposo en cama y dieta hiposódica estricta —dijo el médico—. Y hay que traer al dentista. Esas muelas son foco de infección y le tienen que estar doliendo. Hay que sacarlas.

—Se las sacamos —dijo Gloria.

—Si ella se deja —dijo el doctor Latorre.

—Se deja si yo le digo, doctor. Mañana se las sacamos.

El hospital quedaba en un pueblo de unos cien mil habitantes y cubría un municipio de ciento cuarenta mil. Como el dentista residente estaba de viaje llamaron a uno del pueblo, quien, para sorpresa de Gloria, se negó a atender a Rita. Dijo que le daba miedo que le echara algún rezo o maldición, o que lo mordiera con esas muelas todas dañadas y le diera tal vez una infección o incluso hidrofobia.

—¡Ah mal dentista que es usted, señor! ¡Eso suyo sí que es errar la profesión, Virgen santa! —le dijo ella, pero al hombre su opinión lo tuvo sin cuidado. Quería ante todo irse, poner distancia entre él y Rita.

Consiguieron un segundo dentista, que no creía en hechizos ni en muñecos con alfileres, y le extrajo diez piezas dentales a tal velocidad que ella ni tiempo tuvo de negarse. Las atenazaba del trozo que hubiera, así fuera muy pequeño, y salían como por arte de magia. Cuando Rita dejó de sangrar, se vio lo mucho que mejoraba su apariencia sin las piezas podridas. La sonrisa se hizo menos oscura, porque en vez del negro de las muelas dañadas aparecía ahora el morado claro de las encías. Y para reírse y sonreírse le quedaban los colmillos superiores e inferiores y dos de los incisivos inferiores, todos ahora muy cepillados y blanqueados, como puntos de luz.

—Parezco una reina —comentó, mirándose en un espejito redondo que tenía siempre a mano y se había conseguido quién sabe dónde.

—La reina de la noche —le dijo Gloria, y Rita sonrió. Se había puesto flores de diente de león en el pelo. Los ojos le brillaban.

—¿Y usted de dónde sacó flores?

—Las traje volando hace un segundo.

Rita casi no dormía. Pasaba la noche con los ojos abiertos en lo oscuro, sentada en la cama, meciéndose con suavidad hacia adelante y hacia atrás. Se quedaba dormida una o dos horas antes del amanecer, y ya a las seis estaba esperando a las monjas, que se ocupaban de los pacientes temprano en la mañana.

—Anoche Alvarito estaba llorando —le dijo a Gloria un día—. Ya él solo le recibe tetero a su merced. A nadie más.

“Su merced” era Gloria. Al parecer el niño había aprendido a distinguir sus pasos cuando entraba al hospital, y a partir de ese momento se ponía muy inquieto. Cuando Gloria supo que Alvarito le estaba esperando todos los días para que le diera el tetero y no quería recibírselo a las otras enfermeras, sintió ternura y miedo. A pesar de que sabía muy bien que el niño no iba a ser nunca normal —si se le ayudaba, probablemente iba a aprender a hablar y a ir al baño solo— su apego hacia él era cada vez más fuerte. Había empezado a considerar con seriedad la posibilidad de adoptarlo, pero era una decisión muy difícil y las inoportunas intervenciones de Rita se la complicaban todavía más.

A Rita el vientre no le drenó con la dieta hiposódica estricta, de modo que el doctor recetó espirolactona como diurético, fraccionada en tres tomas. La cosa iba para largo, pues si eso no funcionaba, y Gloria tenía el presentimiento de que no iba a funcionar, tendrían que ensayar con una tiazida o un diurético de asa. También había la posibilidad de practicarle una paracentesis. A Gloria le gustaban esos términos médicos que a veces, como en este caso, parecían hablar de otra cosa, de filosofía o religión, no de una punción, una manguera y un recipiente para recibir el líquido. Y le habría encantado tener la oportunidad de decirle al médico “tal vez haya que hacerle una paracentesis, ¿no le parece a usted, doctor?”, pero al fin no pudo, pues la barriga de Rita empezó a disminuir con el diurético.

Por sus excentricidades, entre ellas el hecho de que casi no durmiera o de que tuviera la capacidad de aparecerse de repente en cualquiera de las salas del hospital, y también por su afición a darle consejo a todo el mundo —a veces entrometiéndose en la vida ajena y averiguando cosas que no tenía cómo ni por qué saber—, muy pronto Rita se convirtió en una celebridad. Las personas iban a hablar con ella al

escondido, pues Gloria y el doctor Latorre lo habían prohibido terminantemente, y le hacían preguntas sobre familiares desaparecidos o sobre la fidelidad de sus cónyuges. A veces contestaba disparates que las asustaban y que trataban de descifrar lo mejor posible; a veces respondía con precisión, como a la gorda de la cafetería, a quien le dio el número ganador del premio mayor de la Lotería de Boyacá. “La gorda le pegó al gordo”, dijeron todos. Meses después —para entonces ya Rita se había ido del hospital y nadie sabía dónde estaba— a la mujer le secuestraron a uno de sus hijos y se lo mataron, a pesar de que ella les había pagado la plata que pedían, cantidad que, tal vez por coincidencia, fue exactamente la misma que le había llegado con la lotería. En cambio, la enfermerita que aquella vez le ayudó a Gloria a bañarla, y que desde entonces se había encariñado con Rita, se ganó el carro que estaban rifando en un supermercado, y con él se quedó sin que nunca le pasara nada malo.

Una tarde llegó a urgencias una mujer joven con una herida en el cuello. En cualquier otra circunstancia esta herida habría sido mortal, y sin embargo la paciente no sangraba. Gloria y el doctor Latorre no se sentaron un rato en la oficina a debatir por qué no sangraba ni por qué la paciente seguía viva, sino que procedieron a operar con toda rapidez y la salvaron. Estaban en Navidades, muy ocupados con los heridos de bala o arma cortopunzante y también con los niños quemados con pólvora, y no habían tenido tiempo de comentar el milagro. Al día siguiente Rita, con una sonrisa maliciosa, le preguntó a Gloria por la salud de la paciente.

—¿Y usted, Rita, cómo lo supo?

—Cómo le parece, jefe Gloria. ¡Si no es por mí, el animal ese la mata! Dígame si no.

Con su capacidad para moverse como el aire por el hospital, Rita probablemente había fisgoneado las hojas clínicas y encontrado la información pertinente a Isabel Mayorga, a quien el amante celoso había intentado matar de una puñalada. Si no fue así como se

enteró, sino por algo más difícil de explicar, salvar esa vida sería el único caso en que Rita les ayudó de alguna manera. Lo demás fueron pronósticos de muerte o de vida para los pacientes que iban llegando, acertados algunas veces, y que a Gloria y al doctor Latorre los molestaron siempre; o información personal sobre los empleados del hospital, que Rita no tenía por qué conocer; o chismes de carácter al parecer sobrenatural, tan malintencionados como los chismes terrenos comunes y que creaban más malestar y hacían aún más daño que estos entre la gente. La recién difunta hermana de la nutricionista, por ejemplo, estaba bien enterada —y nada contenta, según Rita— de las demasiado prontas andanzas del marido viudo con su cuñada.

Hasta que un día el doctor Latorre terminó por cansarse de tanto enredo normal y paranormal como estaba creando Rita en su hospital y habló con ella. La conversación duró veinte minutos y esa misma tarde dejó de prestar consejerías y asesorías al gran público.

—¿Y usted qué le dijo? —le preguntó Gloria al médico.

—Le pedí el favor.

—¿Así nada más, doctor?

—Cómo le parece a usted.

La gente insistió durante algún tiempo en hacerle preguntas a Rita, en especial quienes iban detrás de las loterías y también personas que querían saber si la guerrilla tenía en su poder a algún familiar o si los paramilitares se los habían matado, o, en caso negativo, averiguar dónde andaba, si era que estaba de sinvergüenza o qué, pero Rita, firme, se quedaba en silencio. Eso demostró que no había sido por plata que Rita había prestado aquella especie de servicio comunitario, pero no libró al médico y a Gloria de sus intervenciones exasperantes, ya que dejar las profecías por encargo no significó abandonar las propias.

—El niño. Puede que se salve, puede que no. Estamos tratando de resolver —le gritó a Gloria una tarde desde lejos, cuando la vio doblar la esquina del corredor y caminar hacia ella.

—¡Qué resolver ni qué ocho cuartos! —dijo Gloria sin levantar la voz, muy mortificada, cuando pasó a su lado—. Si sigue con sus enredos, bellecita, hablamos con el médico para que la dé de alta.

—Si me echan me vuelo y si me agarran me vuelo.

Sin mirarla, Gloria empujó con fuerza las puertas batientes y desapareció.

—Resolvimos por fin —le dijo Rita cuando, media hora después, la vio aparecer de nuevo por el corredor—. El niño se salva.

Ella aparentó indiferencia y siguió caminando, como si no entendiera ni le interesara lo que le estaban diciendo, mientras el corazón le saltaba de alegría.

—Es hijo mío y del Ángel Retrechero, pero yo se lo entrego a usted, jefe, y no se afane, que él no es como el papá. Él problemas no le va a dar —le dijo, y Gloria otra vez se hizo la indiferente, mientras sentía no miedo sino mareo, como si caminara por el borde de un precipicio, aunque sin perder la serenidad.

Los diuréticos habían hecho efecto, así que el vientre monstruoso desapareció y a Rita le quedó el vientre abultado normal de una mujer de su edad, es decir, de una mujer que ya no era joven, pues la edad nunca la supieron y era muy difícil adivinarla. Quedó lo mejor que podía quedar, pensaba Gloria, y lo que convenía ahora era dejar de posponer el asunto, como desde hacía más de un mes venían haciéndolo, darla de alta y ver qué se hacía con ella. Últimamente se había estado comportando bien, pero Gloria sabía, todos sabían, que era solo teatro para evitar que la internaran en alguna institución. Lo que Rita quería era la libertad, o sea la calle, y la quería lo más pronto posible.

Después de largas averiguaciones, la trabajadora social encontró por fin a la familia de Rita. Supieron entonces que se llamaba María Cárdenas y que sus familiares no habían sabido nada de ella desde hacía casi seis meses. No se habían preocupado demasiado por su

desaparición y no se alegraron cuando supieron dónde estaba. A lo largo de los años, Rita (o María) había desaparecido y vuelto a aparecer muchas veces, y hacía ya bastante tiempo que no vivía con ninguno de ellos, sino en la calle o en instituciones.

Ni modo de culparlos, pensó Gloria. Rita no era para vivir en casas de familia. Sus hermanos le contaron a la trabajadora social historias como para ponerlo a uno a pensar. Les había robado radios, máquinas de coser, plata y joyas para comprar aguardiente y mariguana y quién sabe qué más. Y tan cansados estaban de ella, que ahora se negaban a pagar los costos de la hospitalización.

—Ya sé que el niño va a quedar bien con usted, jefe —le decía a Gloria—. Así que yo mejor me voy.

Gloria le preguntaba que para dónde era que pensaba irse y Rita le decía que para donde pudiera subir y bajar en paz por el aire y por el agua. Eso está muy bien, le decía Gloria, para mantenerla apaciguada, pero el hospital no podía soltarla a la calle sin más ni más, como quería Rita, y los familiares se negaban a recibirla. De modo que el doctor Latorre y Gloria decidieron dejarla hospitalizada hasta que los familiares recaptaran o Rita aceptara internarse.

Cuando por fin se dio cuenta de que la estaban reteniendo por la fuerza se puso muy difícil. Se peleó con las monjas y sabe Dios qué les dijo, pensaba Gloria, pues a las pobres mujeres se les veía el esfuerzo y el miedo cuando la atendían. Se peleó con todas las enfermeras y todas las auxiliares, que empezaron a tratarla con brusquedad, sin miramientos, como saben hacerlo muy bien las personas de esa profesión cuando se lo proponen. Los familiares sencillamente dejaron de venir al hospital. Y si no se peleó con Gloria, ni le buscó pleito, fue porque le tenía respeto o tal vez la quería.

El doctor Latorre se puso en contacto con una institución psiquiátrica que dirigía un excompañero suyo de la

universidad, y por ese lado se presentó la posibilidad de resolver la situación. Pero Gloria sabía que iba a ser bastante complicado llevársela del hospital. Tendrían que sedarla o ponerle camisa de fuerza, y las dos cosas presentaban graves dificultades, pues Rita tenía mucho vigor físico y no era fácil dominarla, y sobre todo tenía mucha astucia y, en efecto, dejó de tomarse los medicamentos cuando empezó a sospechar que en cualquier momento iban a querer dormirla o aturdira con ellos. Además, se mantenía atenta a que el personal, jeringa en mano, no fuera de pronto a acorralarla en alguna esquina del corredor o en las escaleras.

Vinieron entonces las monjas una mañana y no la encontraron en la cama, ni debajo de la cama, ni en ninguna de las camas vecinas, ni en ninguna parte. Se alarmaron y llamaron al médico y a la enfermera jefe. Cuando subió Gloria, las sábanas estaban todavía tibias, o sea que no podía estar lejos. Fueron por segunda vez a buscarla a los baños y revisaron también el de hombres. Nada. Era muy difícil que Rita hubiera llegado al primer piso sin que la vieran o la detuvieran, pues debía pasar por dos mostradores. Con cierta ansiedad Gloria empezó a preguntarles por Rita a todas las personas con las que se encontraba en el piso, pero nadie la había visto. En aquel momento le pesó haberla admitido en lugar de haberle hecho poner camisa de fuerza cuando entró a la brava y gritando a la sala de espera, para que se la llevaran con todo y zancarrón a algún centro psiquiátrico.

—Vea, pues. Al fin me la hizo. Vea, pues —decía Gloria mientras iba de un lugar a otro.

Se le ocurrió revisar otra vez las ventanas del salón, y en efecto allá afuera estaba Rita, casi en la esquina del edificio, a caballo sobre el tubo de una de las lámparas exteriores. La enfermera que había revisado antes tenía que haber estado ciega para no verla. Al parecer Rita había caminado por el pequeño alero exterior de cemento, pegada a la pared, y se había caído cuando iba pasando al frente del tubo de la lámpara, del que logró agarrarse en un último esfuerzo. Y ahora se la veía muy

contenta y tranquila, a horcajadas sobre el tubo, con una expresión parecida a la de los niños cuando montan en los caballitos de los carruseles. Le sonrió a Gloria con sus seis piezas dentales y sus encías moradas.

—He estado aquí en el aire. ¡Más bueno!

La lograron entrar por la ventana del cuarto que había frente a la lámpara, donde estaba hospitalizado un señor ya mayor a quien le habían amputado una pierna por debajo de la rodilla, debido a una úlcera gangrenada, y que logró olvidarse por completo de su desgracia durante el rato que duraron en su cuarto las labores de rescate. Que no fueron muy aparatosas tampoco, pues Rita no opuso resistencia ni dijo nada, solo sonreía.

La volvieron a acostar y le pusieron una ampolla de Largactil para dormirla. Tanta docilidad hizo sospechar un poco a Gloria, que le acomodó la sábana de manera que no pudiera salirse con facilidad de la cama, como se hace con los pacientes que vienen de cirugía para evitar que se levanten al despertar. Cuando el doctor Latorre hizo la ronda le dijo que para qué la había asegurado, si con el Largactil no había el más remoto riesgo de que se levantara. Muy rara vez el médico Latorre se impacientaba, pero seguramente el lío en que se habían metido con Rita lo empezaba a cansar y necesitaba desahogarse un poco.

—Del Largactil no sale antes de ocho horas ni aunque le toquen un merengue en la oreja con la trompeta del Juicio Final, señorita.

A Gloria le gustó mucho lo del merengue, chiste que jamás hubiera esperado de alguien en apariencia tan rígido como él, y le molestó que la llamara señorita y no “jefe Gloria”, pero aquí no había manera de discutir. Desataron a Rita, la dejaron profundamente dormida y Gloria se olvidó del asunto hasta la ronda siguiente, cuando llegaron a su cama y la encontraron otra vez vacía.

—Eso fue que le tocaron el merengue —dijo Gloria para sacarse el clavo, a pesar de que en ese momento

nadie estaba para tonterías. El doctor Latorre parecía desconcertado y fingió no oírla.

Gloria miró bien por la ventana, pero esta vez no había nadie a horcajadas en ninguna de las lámparas. Preguntaron por todas partes y nadie sabía nada, nadie la había visto caminar por los corredores, ni pasar por la recepción, ni dejar el hospital. Al parecer esta vez no había sufrido contratiempos al salir por la ventana y se había ido quién sabe para dónde, con su espejito y con la piyama rosada y las pantuflas rosadas de peluche que Gloria le había regalado. Se hicieron las pesquisas de rigor, pero cuando alguien se va de esa forma no hay nada que se pueda hacer, por más indagaciones que se adelanten, por más inspectores o policías que lleguen.

Sus familiares se habrían podido empeñar en acusarlos de negligencia, pero en lo único que se empeñaron fue en no pagar y más bien sintieron alivio y se pusieron contentos cuando supieron que Rita se había volado. También el médico Latorre se alegró en el fondo y sintió alivio, él, que era ecuánime y parecía no entristecerse ni alegrarse demasiado por nada. Las monjas sin duda se alegraron. Se alegró también Gloria, aunque por otras razones, y se alegró la misma Rita, por supuesto.

Volarse alegre siempre.